

Tomó Octavio la iniciativa cruzando el mar con doscientos cincuenta bajeles y desembarcando en Accio al frente de cien mil hombres.

En favor de Antonio estaba la superioridad numérica, mas en contra suya los presagios. Pisauro, colonia por él fundada en las orillas del mar Adriático, hundiéndose en las entrañas de la tierra; en Alba, una estatua de mármol en honra suya erigida, apareció durante muchos días bañada en sudor tan copioso que atajarlo no fué posible ni con secarlo repetidamente; un rayo hirió en Patras el templo de Hércules, de quien Antonio se pretendía descendiente, estando en la ciudad el Procónsul mismo; al mismo tiempo derrivaba el viento en Atenas la estatua de Baco, y Antonio se llamaba á sí propio el moderno Baco como á Cleopatra la moderna Isis. El último, empero, y el mas amenazador de todos los siniestros signos, tuvo lugar en la Galera Capitana de Cleopatra, á la cual puso la Reina el nombre de *Antoniada*: ciertas golondrinas que bajo la popa habían anidado, fueron de allí violentamente arrojadas por otras que en la pelea dieron muerte á los hijuelos de las primeras.

Quería Antonio pelear en tierra: mas Cleopatra prefirió la mar para campo de batalla.

En tierra, decia, fué Pompeyo vencido en los campos de Farsalia, y derrotados Casio y Bruto en los de Filipos: mientras que en la mar *Duilio* deshizo la flota cartaginesa, César la armada de los Vénetos, y Agripa los bajeles de Sexto.

Si la flota se perdía, quedaba un gran recurso en el ejército que era duplo del de César: mas derrotado el ejército la flota solo para la fuga aprovechaba.

Era Cleopatra, por lo visto, tan consumada en la historia, como en la estrategia docta.

Obedeciéla Antonio; y el Oriente vino á las manos con el Occidente en las aguas de Accio.

Durante cuatro días la inquietud de las ondas aplazó la batalla; mas al quinto, cayendo el viento, avanzáronse una contra otra las dos armadas.

Regia Antonio con Publicola el ala derecha de la suya; la izquierda mandábala Celio.

Tambien Octavio iba al frente del cuerno derecho de su escuadra, habiendo confiado el izquierdo á Agripa.

Grande era la confianza del futuro Augusto, pues aquella misma mañana al ir á embarcarse en el bajel en que pelear debía, encontrándose con un hombre caballero en un asno, y habiéndole preguntado su nombre y el de la bestia, oyóse responder de esta manera:

« Yo, Señor, llámome *Eutycho*, y mi pollino *Nicon*. »

Respuesta que Octavio agradeció á los dioses como venturoso presagio, pues *Eutycho* quiere decir *feliz*, y *Nicon* equivale á *victorioso*.

Cleopatra con sesenta bajeles ocupaba el centro de la línea de batalla de Antonio.

Trabóse el combate, y en lo mas recio dél, dudosa aun la victoria, súbito y sin que la menor apariencia de peligro motivase una retirada, Cleopatra, haciendo desplegar las velas de su nave, emprendió la fuga atravesando por en medio de los combatientes.

Vióla huir Antonio y desfalleció su corazón.

Como lo ha dicho el poeta griego, el enamorado tiene su corazón en cuerpo ajeno.

Todo lo olvidó Antonio, todo: su fama, la victoria, y el imperio del mundo; y olvidólo por seguir á Cleopatra.

Huyendo de la batalla perdióse á sí propio, y dióle el universo á Octavio.

Por la tercera vez declaráronse aquella los dioses propicios al Occidente y del Oriente enemigos.

En el proceder de Cleopatra hubo tanto ó mas que de fuga, de traicion.

Realmente la coqueta que habia sido ya dama de César y de Antonio no hubiera sentido serlo tambien de Octavio.

Su reaparicion en Alejandria asemejóse á un triunfo: las popas de sus bajeles iban coronadas de flores.

Antonio por el contrario, sombrío y silencioso, procurando evitar entonces la suerte de Pompeyo asesinado, suicidándose á ejemplo de Bruto, mandó á Octavio un mensajero ofreciéndole darse la muerte, si le prometía respetar la vida de la Reina.

Cleopatra en tanto mandaba tambien al vencedor un mensaje; mas



ofreciendo abrir las puertas de Pelusa y entregar á Antonio. Como preliminar hizo poner en manos de Octavio la corona y el cetro de oro.

Habiase Antonio retirado á una fortaleza por él erigida con el nombre de Torre de Timon : mas Cleopatra, temerosa de los efectos de la desesperacion en la soledad, porque vivo y no muerto habia prometido entregarle, fuéle á sacar de allí, y llevóle de nuevo á su palacio.

Renovar en él las voluptuosas horas de la *vida inimitable*, no era ya posible; pero en compensacion inventó entonces la Reina la *Sociedad de los inseparables en la muerte!* — Esperar entre fiestas y placeres la tempestad que del Norte venia, y cuando estallase dejarse fulminar por sus rayos : á eso estaba reducido todo.

El corazon de Antonio presagiaba, empero, otro riesgo para él mas temible.

— ¡Si te perdona ! si de tí se enamora ! decia á Cleopatra.

Mas ella para tranquilizarle jurábale morir; y al fin de sus banquetes, ante las ánforas y los vasos, en medio de las flores y entre los perfumes, ensayaba en sus esclavas todos los venenos conocidos, para ver si al cabo daba con alguno que voluptuoso fuera.

Acercábase Octavio en tanto que eso sucedia.

Antonio recobrando el valor al escuchar los ecos de la voz de su rival, reúne los restos de su ejército, le sale al encuentro, pelea con él á las puertas de Alejandría con el corage de un leon furioso, y rechaza en fin las fuerzas enemigas.

Corre en seguida á los brazos de Cleopatra, y aunque la encuentra consternada por su aparente triunfo, obstinándose aun en confiar en ella preséntale los que mas se señalaron entre sus guerreros.

Al siguiente dia la fortuna le vuelve la espalda : su caballeria deserta al enemigo, su infanteria es destrozada, y la escuadra egipcia se incorpora á la de Octavio.

Solo y vencido acaba de entrar en Alejandría cuando las esclavas de Cleopatra, deshechas en llanto le salen al encuentro, diciéndole que su amada acaba de suicidarse.

« Entonces, exclama Antonio, ahora me toca á mi la vez de morir, » y llama en el acto á un esclavo á quien habia dado la libertad á condicion

de que le matara cuando se lo ordenase : mas llegado el momento, el liberto, en vez de obedecerle, suicidóse.

Antonio se clavó en el pecho su propia espada; y supo entonces que Cleopatra le habia engañado, que vivia aun, y que estaba retirada con todos sus tesoros en un fortificado Mausoleo que de antemano se habia hecho construir.

Queriendo el enamorado moribundo espirar en brazos de su amada, ó á sus piés á lo menos, ordenó que á su presencia le condujeran : mas negóse Cleopatra á que se abrieran las atrincheradas puertas del Mausoleo, y hubo el infeliz herido de ser izado con cuerdas por las esclavas hasta una ventana desde la cual hiciéronle bajar hasta el fondo de aquel sepulcro.

Al descansar en él su cuerpo espiró Antonio : su postrera mirada fué de amor, su última palabra un consuelo.

Penetraron en tanto los soldados de Octavio en el Mausoleo, por la misma ventana que habia dado ingreso al moribundo Antonio.

Al verlos hizo ademan Cleopatra de herirse con un puñal que en la cintura llevaba siempre : detuviéronla el brazo, y fué lo que deseaba, siendo su intento que el César supiera que matarse habia querido.

Nada temia mas Octavio, en efecto, que la muerte de Cleopatra, pues por una parte pareciale que era aun bastante bella para figurar admirablemente en su triunfo, y por otra sabia que era inmensamente rica, y que se habia encerrado en el Mausoleo con todos sus tesoros.

Y advirtámoslo ; los tales tesoros yacian sobre una gran cantidad de aromáticas combustibles maderas, envueltas en una capa de estopas y cinamomo. Una chispa sola, y todo se le iba al César de entre las manos !

Solicitó pues una entrevista ; y Cleopatra que no deseaba otra cosa concedióla al punto.

Curiosa debió de ser aquella conferencia en que los dos mas astutos mortales entonces conocidos, se las hubieron cuerpo á cuerpo.

Cleopatra á los piés de Octavio, puso en juego todos los recursos, los encantos todos, que tan bien le probaron con César y con Antonio : pero Antonio y César eran hombres, mientras que Octavio... Octavio se ignoraba lo que era.



Como quiera, primero vagamente, luego con mas claridad, y positivamente al fin, ofrecióle á Cleopatra que le dejaria reino y poder; y retiróse en seguida.

Respiraba ya Cleopatra creyendo haber vencido á su vencedor, cuando Dolavela, uno de los tenientes de Octavio, que la habia visto y enamorado de ella, la arrojó por la ventana un papel en que iban escritas estas palabras:

« Nada creáis de lo que os ha ofrecido Octavio: dentro de tres dias os lleva consigo á Roma para que figureis en su Triunfo. »

Mostrando Cleopatra ese billete á Charmione y á Iras, — « Está visto, les dijo, que es preciso morir. Haced lo que he dicho. »

Dió entonces á una de ellas una carta para Octavio, y á la otra le dijo solamente:

— Vê y avisa al rústico que sabes, que quiero comer higos.

Obedecieron las esclavas.

En su carta á Octavio solicitaba permiso la Reina para ir á hacer las libaciones fúnebres de costumbre en el sepulcro de Antonio; concedióselo el vencedor sin recelar en ello peligro alguno.

Hizose en consecuencia Cleopatra llevar en una litera al lugar de la sepultura, que era una bóveda subterránea, bajo la cual y apresuradamente se habia erigido el túmulo.

Arrojándose á él, y en presencia de todas sus esclavas y servidoras, dijo la Reina:

— Cuando hace apenas algunos dias, mi amado Antonio, te deposité en este último asilo, aun era libre; hoy, ya esclava, hago con centinelas de vista estas libaciones sobre tus miseros restos. Temen sin duda que con mis propios golpes desfigurase yo este cuerpo destinado á glorificar la victoria de Augusto: no temas tú por tu parte que yo lo sea en la solemne pompa que para triunfar de tí se prepara. Mientras vivimos nada alcanzó á separarnos: hoy la muerte va á alejarnos á entrambos de los lugares en que nacimos. Tú, Romano, descansarás en el seno de la tierra de Egipto; á mí, Egipcia, recibiráme la de Roma, siéndome, Antonio mio, postrar consuelo el de que seré sepultada allí donde tú viste la luz por vez primera. Si algun poder, si alguna fuerza tienen los Dioses en tu patria,

ya que los míos nos han hecho traicion, consigue de ellos que tu espíritu no me abandone; no sufras que de tí se triunfe, llevándome á mí atada al carro del triunfador. Ocúltame aquí; dame lugar en la tumba y á tu lado; porque entre las infinitas penas que me abruma, es la mayor y mas intolerable, el breve tiempo que obligada me he visto á vivir sin tí!

Habiendo así desahogado su dolor, besó Cleopatra el sepulcro, coronóle de flores, y mandó que le preparasen un baño, tomado el cual sentóse á la mesa en que le fué servido un opíparo banquete.

Mientras Cleopatra cenaba, presentóse á la puerta del Mausoleo un rústico del campo procedente, pidiendo ver á la Reina; y como los centinelas le detuviesen, él mostrándoles un cestillo que en la mano llevaba, hizoles ver con levantar las hojas que le cubrian, que iba lleno de magníficos higos.

— Llevo, les dijo, frutos para los postres de la Reina.

Con que los soldados le dejaron pasar.

— Aquí está el hombre; murmuró Iras al oído de la Reina.

Palideció Cleopatra, mas volviéndose para buscar al rústico que apenas visible permanecia en el sombrío dintel de la puerta, — Acércate — le dijo.

Obedeciendo el campesino adelantóse hasta entrar en la esfera luminosa que á la Reina circundaba.

— ¡ Conque eres tú! exclamó Cleopatra suspirando.

— Yo soy, respondió el hombre.

— ¿ Y los higos?

— Aquí están.

Mandó entonces la Reina poner el canastillo sobre la mesa, y no sin vacilar decidióse á levantar ella misma las verdes hojas con que la fruta iba encubierta.

Entre dos higos movia un *áspid* su cabeza aplastada y negra, tan horrorosa como pequeña.

— ¡ Ah! exclamó Cleopatra, al fin viniste!

Y acercó su brazo al venenoso reptil, que le mordió en el acto.

— Ya es tiempo, dijo entonces, de llevar á César mi segunda carta.

En ella anunciaba Cleopatra á Octavio su muerte, y le pedia que con Antonio la hiciera sepultar.



El primer impulso del César fué el de correr á informarse y ver con sus ojos la verdad del hecho: pero temiendo caer en algun lazo, decidióse á enviar primero algunos de sus soldados.

Ignoraban cuanto ocurría los que las puertas del Mausoleo custodiaban.

Los enviados por César penetraron presurosos en el fúnebre recinto.

Cleopatra, revestida de su regio traje, estaba cadáver ya sobre un trono de oro; Iras, que de espirar acababa, yacía á sus plantas; y Charmione espirante aderezábale á su señora en la frente la diadema que en las convulsiones de la agonía se le torciera.

— ¡Oh! exclamó uno de los enviados del César, esto es bellissimo, Charmione!

— Bellísimo sin duda, y digno de una muger descendiente de tantos y tan grandes monarcas!

Respondió la esclava, que fiel hasta mas allá de la muerte, rodó cadáver á los piés de su señora, apenas dichas esas palabras.

Así vivió y murió Cleopatra, Reina de Egipto.

ALEJANDRO DUMAS.

